

Pocas personalidades hay tan completas en el México revolucionario como Martín Luis Guzmán (1887-1976). La época más convulsa de la historia mexicana trajo consigo a la vez una pléyade de intelectuales y humanistas, que inauguraron un grupo quizá no superado en el país, y que puede compararse, por la calidad y el número de sus miembros, al de Orígenes en Cuba, Sur en Argentina, Bloomsbury en Inglaterra o el Veintisiete en España.



Martín Luis Guzmán

Bibliotecario, revolucionario, hombre de letras

Ángel Esteban

Junto con Martín Luis Guzmán, otros bibliotecarios, escritores, periodistas, filósofos, formaron parte del Ateneo. En 1908, Jesús Acevedo llevó a Martín Luis a su primera reunión del Ateneo de la Juventud, donde se encontraban José Vasconcelos (que llegaría a ser Ministro de Educación), Pedro Henríquez Ureña, Antonio Caso, Julio Torri, Carlos González Peña, etc. En esa época Guzmán ya había editado *La Juventud*, una revista quincenal, en 1900, cuando apenas tenía trece años. De ahí hasta su incursión en el grupo

ateneísta, el mexicano escribía para sí mismo, consultaba bibliotecas, extraía datos para sus investigaciones y sobre todo se crecía como lector. A partir de 1908, su formación será, en cierta medida, colectiva, pues participa con el resto de los amigos en actividades literarias.

Ese momento fue quizá el más productivo en cuanto a las bibliotecas se refiere, pues todos ellos, junto con Alfonso Reyes, a quien había conocido en el curso de preparación para la

universidad, iniciaron un largo peregrinaje por las bibliotecas, públicas y privadas, de la capital. En concreto, la biblioteca de Caso era el cuartel general de los amigos, que los acogía semanalmente para leer y comentar libros fundamentales de la literatura universal, la filosofía o la historia de las civilizaciones. De esos encuentros “librescos” diría Guzmán más adelante:

Éramos grandísimos lectores, grandes conversadores: nos comunicábamos impresiones y analizábamos nuestras ideas. Todo nos preocupaba. Éramos muy serios. Por entonces comencé a sentir una vaga aspiración de ser escritor, de dedicarme a las letras por las letras mismas. Esta actitud está presente en mis escritos de 1908 a 1912 (...). Más tarde, al estallar la Revolución, la posibilidad de escribir se tornó en mi manera de expresar ideas¹.

Uno de los colegas con quien más horas pasaba Guzmán en aquella época era Pedro Henríquez Ureña. Cuando terminaban la reunión en la biblio-

hombre riguroso, inflexible) se le metió en la cabeza que era imprescindible que aprendiera latín. Los nuevos deberes para ganar el sustento me obligaban a trabajar más duramente. Pedro llegaba a casa, todos los días, entre las nueve y las diez de la noche. En ocasiones, ya estaba acostado. Pedro me sacaba de la cama: “No señor, es la hora de la clase de latín”².

Y más adelante afirma, con respecto a todos los ateneístas, lo que fue el “modus vivendi” del grupo durante bastantes años: “Nuestra vida estaba arreglada en tal forma que vivíamos constantemente cerca de los libros: éramos bibliotecarios, profesores de lengua nacional o de literatura. Solo así se explica ese nuestro lujo, la perpetua Academia en que transcurrían nuestros días”³.

Pero los avatares políticos dieron al traste con tanta felicidad. Derrocado Porfirio Díaz comenzó una etapa de violencia descomunal que acabó en la década siguiente con millones de muertos y un país destrozado. Con la llegada de Madero al po-

A finales de 1914 fue nombrado director de la Biblioteca Nacional de México pero no tuvo oportunidad de establecer cambios profundos ni mejoras, pues el clima bélico impedía al país caminar con normalidad.

teca de Caso, salían juntos, y Pedro acompañaba a Martín a su casa. Como se enfrascaban siempre en conversaciones de alto vuelo literario, al llegar a la calle Naranjo, todavía estaban en la mitad de sus cavilaciones, por lo que Martín, en lugar de quedarse en casa, acompañaba a Pedro a la suya, en la calle San Agustín. Para llegar hasta ella tenían que pasar por la Biblioteca Nacional, por lo que aprovechaban muchas veces para entrar a consultar cualquiera de los datos que estaban discutiendo en ese momento. Pero ahí no terminaban las conversaciones. El mismo Guzmán lo explica:

Ya en la casa de Pedro, éste me decía: “Ahora sí, yo te encamino y regreso solo”. Estas conversaciones peripatéticas se prolongaban de las ocho de la noche a las cuatro de la mañana. Mi familia me preguntaba qué era lo que hacíamos Pedro y yo. Nos oían hablar durante cinco o diez minutos bajo los balcones de casa. Después, enmudecíamos por espacio de dos horas. Por fin volvían a escuchar nuestras voces. En mi casa ignoraban que los silencios estaban destinados a caminar. En 1912, ya estaba casado. A Pedro (gran amigo, gran trabajador,

der, Guzmán, que había pasado una temporada en Estados Unidos como canciller del Consulado de México en Phoenix (Arizona), volvió a su país y fue nombrado bibliotecario en la Escuela Nacional de Altos Estudios. Fue la primera vez, y no la única, que iba a relacionarse con las instituciones bibliotecarias no como visitante sino como trabajador del gremio. Este cargo tuvo que ver con su vinculación con el maderismo. Años antes, el mexicano había participado con vehemencia en las manifestaciones que exigían la dimisión de Porfirio Díaz, y su padre, al estallar la Revolución, como militar vencido y herido, instó a su hijo Martín Luis a seguir la carrera de las armas y estar involucrado en la política de su país, al que debería servir tanto con las letras como con las armas. Después de una corta estancia en la primera biblioteca, fue designado Secretario de la Universidad de México y dio clase en la Escuela Superior de Comercio. Fundó un periódico antihuertista, *El Honor Nacional*, y criticó el golpe de Estado de Huerta.

A finales de 1914 fue nombrado director de la Biblioteca Nacional, lugar que le recordaba a los interminables paseos con Pedro Henríquez Ureña, pero no tuvo oportunidad de establecer cambios

En su discurso de ingreso en la Academia Mexicana de la Lengua reconocería que el verdadero intelectual es el que viene de “las aulas y de las bibliotecas”, frente al “intelectual orgánico”, cuyo origen es dudoso.

profundos ni mejoras, pues el clima bélico impedía al país caminar con normalidad. Los tres directores anteriores, desde 1912, habían introducido novedades de cierta envergadura: Rogelio Fernández Güell instaló el Departamento de Periódicos y Revistas en el lugar donde se encontraba ubicado el antiguo coro de iglesia; Luis G. Urbina (también escritor) creó el Departamento de Biblias y sus comentaristas, procuró conservar las obras que se descuidaron durante muchos años, formó la sección de manuscritos, la catalogación de los incunables y reanudó el Boletín con carácter plenamente bibliográfico, y completó varias obras que se encontraban dispersas.

El sucesor de Urbina fue Luis Manuel Rojas Arreola, quien trabajó con empeño aumentando la plantilla de empleados y mejorando el presupuesto general para la biblioteca. Fundó la primera Escuela Nacional de Bibliotecarios y Archivistas, cambió la clasificación e inauguró la nave principal de la biblioteca para el servicio nocturno. Guzmán se limitó, en el corto espacio de tiempo que fue su director, a mantener los logros que habían introducido sus antecesores para mejorar el funcionamiento general de la institución y hacerla más útil al usuario. Por esa época, Guzmán también llegó a ser coronel del Ejército, a las órdenes de Pancho Villa, una vez asesinado Madero. Pero la inestabilidad política le obligó a exiliarse de su país. Instalado en Madrid más o menos un año, de principios de 1915 a febrero de 1916, se dedicó en cuerpo y alma a la escritura.

Todo el bagaje recogido en los siete años anteriores vería su fruto. El mexicano estaba a punto de convertirse en una de las plumas maestras de su tiempo, testigo fiel y honesto con sus novelas de la etapa difícil de la historia de su país que le tocó vivir. En Madrid frecuentó la Biblioteca Nacional, realizó una ingente labor periodística y erudita, aprovechando los valiosísimos documentos de nuestras instituciones bibliotecarias. Descubrió, por ejemplo, las poesías inéditas de Gregorio Silvestre, y contribuyó de modo crucial a la bibliografía de Góngora, colaborando en el *Boletín de la Academia Española*, en la *Revista de Filología Española*, etc⁴. En un segundo exilio madrileño, de 1925 a 1936, recorrió los mismos derroteros: investigación, colaboración en pren-

sa diaria... Pero también tuvo sesgo político, ya que fue confidente, amigo, consejero, agente y cooperador directo de Azaña, tanto antes como después de la dictadura de Primo de Rivera.

Pero ese segundo exilio confirmó de una manera muy directa su vocación de narrador. En España se publicaron sus dos mejores novelas: *El águila y la serpiente* (1928) y *La sombra del caudillo* (1929), dos pilares insustituibles de la literatura de la revolución mexicana. Asimismo, en la Península comenzó a escribir otra de sus obras maestras, *Memorias de Pancho Villa*, iniciada en 1936, por entregas, en *El Universal*, y publicada en cuatro volúmenes en 1938 y 1940. Ese último año, ya bien instalado en la capital mexicana, fue elegido miembro de la Academia Mexicana de la Lengua. En su discurso de ingreso reconocería que el verdadero intelectual es el que viene de “las aulas y de las bibliotecas”⁵, frente al “intelectual orgánico”, cuyo origen es dudoso. Sus méritos literarios tenían cada vez mayor reconocimiento en el país, hasta que en 1958 se le concedió el Premio Nacional de Literatura, y al año siguiente el Premio Manuel Ávila Camacho.

Ese mismo año ocurrió otro acontecimiento que volvió a ligarlo profundamente a las bibliotecas: fue designado Presidente de la Comisión Nacional del Libro de Texto Gratuito, de manera vitalicia, cargo que ostentó hasta su muerte en 1976. Asimismo, en 1969 fue elegido Senador, y ocupó su escaño igualmente hasta el momento de su muerte. Con estas dos últimas distinciones, su labor para difundir la cultura y la educación en su país se multiplicó enormemente, ya que todos los libros de texto, en cualquiera de los segmentos de la educación, pasaban por sus manos: él los aprobaba, y gestionaba a la vez los mecanismos necesarios para que llegaran a todos los estudiantes sin costo alguno para las familias. Con ello, se dio un paso muy firme para mejorar la calidad de enseñanza, en las escuelas y en las universidades, y para hacer llegar el proyecto educativo al mayor número de personas posible. La lucha contra el analfabetismo, por un lado, y la popularización de las bibliotecas municipales, fueron los objetivos fundamentales de los últimos años de su vida, cuando ya alcanzaba una edad más que respetable, ya que murió a los 89 años.

Por todo ello, hay que considerar la personalidad de Martín Luis Guzmán no solo como el principal impulsor, junto con Mariano Azuela y *Los de abajo*, de la narrativa de la revolución mexicana, sino también como un gran difusor de la cultura en México, a través de su trabajo en bibliotecas, sus investigaciones históricas, políticas y filosóficas, su labor en cargos institucionales relacionados con los libros o las bibliotecas, y sus ensayos literarios en los que trataba de convencer al pueblo mexicano de las ventajas y placeres de la lectura y la acumulación de conocimientos. De hecho, una de sus grandes preocupaciones fue la de extender las necesidades intelectuales a todos los estamentos y situaciones laborales del país. Para Guzmán fue muy importante, por ejemplo, que los políticos fueran hombres de letras, personas cultas, interesadas por la lectura y la escritura. Solo así se podría dar con las soluciones adecuadas a los problemas sociales y económicos del país. Así lo decía en uno de sus artículos periodísticos de la década de los diez: “Los políticos mexicanos no son, salvo excepciones contadas, ni escritores, ni oradores, ni periodistas, ni conferenciantes, ni maestros; son ciudadanos simples, hombres de poquísimas o ningunas letras, aunque a veces de muy buena intención, que han resuelto encauzar con su brazo el fluir de la patria (...). En estos momentos no se columbra en todo el país un solo escritor, un solo orador, un solo maestro que pueda medirse con la magnitud de las necesidades nacionales”. ■

Notas

- 1 Entrevista realizada al autor en 1958 por Emmanuel Carballo, bajo el título “Una sabia naturalidad”, publicada en *Jornada Semanal*, el 17 de junio de 2001, pág. 2.
- 2 Entrevista citada, pág. 3.
- 3 Entrevista citada, pág. 3.
- 4 Cfr. Marta Portal, “El exilio madrileño de Martín Luis Guzmán”, *Anales de literatura hispanoamericana*, 22 (1993) pág. 259.
- 5 Cfr. Marta Portal, op. cit., pág. 260.

Ficha Técnica

AUTOR: Esteban, Ángel.
FOTOGRAFÍA: <http://es.wikipedia.org>
TÍTULO: *Martín Luis Guzmán: bibliotecario, revolucionario, hombre de letras.*
RESUMEN: En este artículo se esboza la trayectoria literaria del escritor mexicano Martín Luis Guzmán, así como su relación con el mundo de las bibliotecas, tanto desde su faceta de usuario como de profesional de las mismas. Guzmán vivió la convulsa época de la Revolución Mexicana y fue uno de sus narradores principales, junto con Mariano Azuela. Llegó a ser director de la Biblioteca Nacional Mexicana y fundó la primera Escuela Nacional de Bibliotecarios y Archivistas.
MATERIAS: Guzmán, Martín Luis / Autores Literarios / Militares / Bibliotecarios.

Leer Placer

II Congreso de Literatura Infantil y Juvenil

Baeza, Jaén > 26 y 27 de octubre 2007

www.leerplacer.com

Organizan:



EDELVIVES BAULA ALHUCEMA IBAIZABAL TAMBRE
GRUPO EDITORIAL LUIS VIVES

Colaboran:

